

Todo lo que sube, baja.



Ernestina era considerada una mujer "medio brujita" entre los suyos.

A veces, hasta parecía predecir con demasiada exactitud, el futuro de aquel con quien estaba hablando. Y esa noche, Ernestina tenía miedo, mucho miedo. Se lo dijo a Gerónimo, mientras lo abrazaba tiernamente antes de dormirse junto a él, en el lecho marital. Se habían reconciliado luego de muchos años, dolores, soledades, llantos, broncas, rencores y por supuesto, de haber reconocido culpas, de ambos lados.

Y a las dos de la mañana, en la apagada quietud de la ciudad dormida, algo muy grave sucedió. La noche se llenó de ronquidos, aire que no entra, ahogo, jadeo, ansiedad, confusión, miedo y alarma. Gerónimo con los ojos hacia atrás, no respondía ante los desaforados gritos de su aturdida mujer. Fueron cinco minutos, pero alargados hasta el infinito aterrador del "nunca va a parar..." hasta que por fin, el atacado se relajó y pareció recuperarse. Un sorpresivo vómito, terminó de completar el cuadro de angustias y de miedos... Él, tan solo intentaba sentarse y su lado derecho del cuerpo, no le respondía, pues estaba... como muerto, congelado. Hasta su palabra había sido reemplazada por un cascajo disonante de sonidos guturales, que sonaban como un «da - da - da» humillante y lastimero.

- *A su marido se le tapó una vena en el cerebro - comenzó hablando el médico de guardia del viejo hospital de la Obra Social, luego de examinarlo y estudiar la tomografía - Presenta lo que se llama un accidente cerebro vascular, la mitad derecha de su cuerpo esta paralizada, inmóvil. Además, su lengua esta trabada y aunque entiende todo lo que se le dice, no puede pronunciar siquiera una palabra... debemos internarlo.*

Gerónimo viajó esa noche en camilla por interminables pasillos y ruidosos ascensores, hasta que terminó acostado en la destartalada cama del quinto piso del vetusto hospital. A su lado se instaló Ernestina, ocupando una descascarada silla de metal y entendiendo ahora, porque había sentido tanto miedo, cuando se fueron juntos a dormir. Las silenciosas gotas del suero que caían, hasta perderse dentro de las venas del enfermo, parecían ser lo único que se movía en esa fría y desolada habitación. En la otra cama, un enflaquecido anciano dormía silencioso, indiferente a todo.

El medio cuerpo muerto de Gerónimo, su hablar inentendible, su cara enrojecida, el silencio tenebroso de lo desconocido, el viejo de la figura consumida en la otra cama, la enfermera gorda de la noche, el suero que por momentos no goteaba, la noche detenida en la ventana y la dureza de la silla, se entremezclaban en un licuado de emociones tristes. Pero todo resultaba inevitablemente soportable, o casi mandatorio... el adaptarse a esas desgracias.



Todo tolerable, salvo el ruido irritante, interminable, asqueroso, sorpresivo del vetusto ascensor que circulaba cerca de la pieza. Su ruido... solo su ruido, parecía transformarse en el único y exclusivo problema, de los ocasionales moradores de aquella habitación.

Viejo ascensor del hospital pegado a la habitación de Gerónimo. Toda la noche escuchando dentro de la pieza, el ruido rechinate del maldito ascensor. *¿¿Tanto se lo usa por las noches?!* Ruido de chapas, ruido de motor, sirena afónica que taladra y taladra los oídos en la noche. Sonido, rumor, fragor, zumbido, estridencia... hasta que se detiene en seco. Y luego recomienza, rechina, ruge, cruje y... vuelve a terminar en estampido seco. En la noche sin sueño, se parece a los ecos del infierno, a ruidos secos, a traqueteos, o a demonios, cuando las sogas de metal se tensan de golpe y emiten un ruido que quisiera asemejarse a un sonido, agudo, prolongado... y se para... sube y baja... baja y sube... y luego continua... y se para... y luego continua... A veces él y ella, podían dormitar. Era cuando al viejo ascensor, nadie lo usaba y se quedaba en silencio. Por un rato. Muerto. Esperando. Pero luego, reiniciaba. *"Este ascensor me va a matar"* exclamó Ernestina con un suspiro fatigado, durante aquella primera noche interminable.

Y ella salió bien temprano a comprar agua mineral, en algún kiosco. Algo debió de haber dormido, retorcida en la incomoda y dura silla de metal. Entre bostezos matinales y una sensación por debajo del ombligo, que solo se alivio al utilizar el retrete, decidió ocuparse un poco de ella. Se lavó la cara, se peinó y se alisó la ropa. Con el único billete que aun sobrevivía en su flaco monedero, se despidió de Gerónimo con un "ya vuelvo".

Pasaron los minutos, las horas, el desayuno, la medicación de la mañana, la recorrida de los médicos, el camillero, el almuerzo, la merienda y la cena. Pero Ernestina no volvía, nada... solo el silencio y la silla de metal, mostrando el vacío. ¿Donde está Ernestina? ¿Por qué, no vuelve? ¿Qué pasó? El viejo de al lado, lo miraba en silencio.

Gerónimo con la boca seca y empastada, la espalda adolorida, la orina que traspasaba su colchón, la materia fecal que irritaba la piel de entre sus piernas, el suero detenido que ya no goteaba, el ruido irritante del ascensor inagotable... esperaba, rezaba, clamaba, necesitaba de Ernestina, pero esta... no estaba. Desaparecida... inexplicablemente. El viejo de al lado, lo miraba en silencio.

- *¿Y mamá, adonde carajo está? ¿Qué le hiciste?* - irrumpió en la habitación, gritando desahogada como un perro rabioso, la única hija mujer de Gerónimo y Ernestina - *pero, ¡contéstame!... ¿Qué hiciste con mamá? ¿Adónde se fue? Seguro que otra vez se peleó con vos... viejo de porquería. Siempre la "cagaste" a mamá... ahora la estas pagando. ¿No te acordás de todas las cosas que nos privaste por irte de putas y emborracharte...? No esperes ahora, que yo vaya a empujarte la silla de ruedas... ¡y mejor que mamá aparezca!*

Dando un portazo que pareció hacer explotar el marco con su puerta, la hija se marchó ofuscada. Gerónimo se quedó mirando la puerta, mientras su boca repiqueteaba en un tartamudeo inentendible, aunque ahora un poco más rápido y en el cual, se adivinaba el



mensaje de indignación y tristeza que lo atenazaba. El viejo de al lado, lo miraba en silencio.

Y esa tarde calurosa, el ascensor se detuvo. Un olor a podredumbre brotaba desde el fondo de su fosa. Una de las ascensoristas, bajó a sacar "el gato muerto" que seguro, era el causante de semejante hediondez...

Esa misma ascensorista subió corriendo, desesperada, pálida, horrorizada, muda, queriendo gritar. Teléfono, noticia que corre, algunos miran, tres médicos bajan a la carrera, dos enfermeros, sirena, que aturde, bomberos, preocupados, corriendo y... ahora ¿para qué...?

Los que bajaron, ahora suben. Policías, que bajan, que suben, peritos, morgue... baja el director médico, a mirar. Ernestina, si, Ernestina. Ernestina, que cayó sobre su costado derecho, estaba extendida sobre el piso sucio y engrasado del fondo del elevador, con fracturas expuestas de brazos y muñecas, fracturas de costillas, una profunda herida cortante en la rodilla derecha y excoriaciones en su pecho y en la cara. Sus ojos permanecían abiertos y una mueca de sonrisa, parecía querer ignorar su cráneo hundido. Todavía tenía el flaco monedero apretado en su mano derecha, con el único billete que aun sobrevivía.

Cuando se hizo de noche, un grupo de policías y médicos intentaban sin lograrlo, hablar de lo sucedido con Gerónimo, luego de ubicarlo como el único familiar de la victima fallecida. - *No, este no nos entiende "ni un pomo"* - concluyó apresurado uno de los médicos, que desconocía el historial del paciente. Y ante el mismo Gerónimo, sin ningún recato, pues creían que no los entendía, uno de los investigadores le explicó a todos los presentes, que el accidente ocurrió por una falla en el mecanismo de seguridad de las puertas del elevador.

La mujer murió al caer al vacío desde el quinto piso hasta el subsuelo, por el foso abierto del ascensor. La máquina había presentado desperfectos desde hacia mucho tiempo, pues no cerraban bien sus puertas, costaba abrirlas o incluso se podían abrir, aun cuando el coche no estuviese en el mismo piso. La puerta abierta del ascensor, fue una invitación a entrar para Ernestina, a pesar de la posición real en que se encontraba la cabina, en el sexto o séptimo piso - concluyó el veterano investigador -.

Alguien opinó que los ascensores tan viejos del hospital, no presentaban las condiciones mínimas de seguridad. Otro, comento que las fichas técnicas de revisión de los ascensores, para comprobar si habían pasado las oportunas revisiones, no aparecían. Y al rato, se marcharon todos, salvo una enfermera que lo higienizó a Gerónimo, rezongando por tener que hacerlo sola...

Cuando se apagaron las luces y lo dejaron solo, Gerónimo se levantó ágilmente y tomó su teléfono celular, cuidadosamente oculto en un ropero.



- *Todo salio perfecto, fue mucho más fácil de lo que yo pensaba... - le dijo a alguien que escuchaba, del otro lado del teléfono - Si, efectivamente, el seguro de vida lo tenía a mi nombre, por supuesto...*

El viejo de al lado, lo miraba en silencio.

fin